

# IV Certamen cultural de la Villa de Oliete

Fernando Aínsa Amigues  
Fotografía de Fernando Aínsa

El sábado 18 de agosto en la sala de actos del Centro de Interpretación de la Cultura Ibérica de Oliete se procedió a la entrega de los premios de pintura y relato del IV Certamen Cultural de la Villa de Oliete. La que ya va siendo una tradición cultural de carácter bienal en el marco de las fiestas del pueblo estuvo este año realizada por una amplia muestra de pintura expuesta en la sala del antiguo matadero y más de 120 relatos presentados al concurso.

El acto, presidido por el alcalde, Ramiro Alfonso, quien subrayó la importancia del certamen, contó con la presencia de los representantes del jurado de relatos, Pilar Aguarón Ezpeleta, Fernando Aínsa y Pilar Carbonell, y del de pintura, María Angeles Cañada, y los ganadores en la categoría de pintura, el artista José Pedro Izquierdo (Tudela) -galardonado por su cuadro *Por la escalera-*, y en la del relato, la escritora Amparo Paniagua (Valladolid). Fina poeta de extrema sensibilidad, Paniagua leyó el relato ganador, *Nunca es tarde*, cuya prosa fue muy apreciada por el público que colmó la sala. Pilar Aguarón Ezpeleta, secretaria general de la Asociación Aragonesa de Escritores y miembro del jurado que decidió por unanimidad la concesión del premio, valoró el relato con las siguientes palabras: "*Nunca es tarde* es un exquisito relato costumbrista, cuya protagonista es una mujer nacida durante el franquismo en una familia numerosa y pobre, circunstancias que marcarán su vida, llena de esfuerzo, limitaciones y renunciaciones, pero a las que ella se enfrenta con valentía y optimismo. El relato tiene lo que debe tener todo un buen cuento, una narración ágil que guía al lector suavemente y un final sorprendente y valiente".

Finalizado el acto, José Royo Lasarte, gerente del Parque Cultural del Río Martín, acompañó a los asistentes en una visita guiada al Centro de Visitantes de la Cultura Ibérica de Oliete con pormenorizadas explicaciones durante el recorrido. Una copa en el bar de Higinio y un almuerzo en el restaurante El Pesador culminaron esta jornada cultural haciendo votos para el éxito de la convocatoria en el año 2020 de la próxima.



Jurado y ganadores del certamen con el alcalde, Ramiro Alfonso.



*Por la escalera*, José Pedro Izquierdo. 150 x 118 cm, 2018.

## **Nunca es tarde** **Amparo Paniagua**

Casarse o meterse a monja. Esas, decían, eran las únicas opciones para poder salir de la casa paterna. Dios no ofrecía más que recogimiento y oración, un sinfín de quehaceres rutinarios entre las paredes de un convento húmedo y austero. Demasiada paz, demasiado frío, demasiada jerarquía. Los votos de castidad y pobreza los habría soportado quizá unos meses, pero el de obediencia, conociéndome como me conozco, se hubiera convertido en un calvario que no estaba segura de merecer. Contra la evidente falta de vocación ni pude ni quise hacer nada. No fui llamada por los designios del Señor y punto. Las cosas a la fuerza no suelen salir bien. Mi hermana Angelita, en cambio, no tardó en rendirse ante las excelencias de ese destino que le prometía una vida rica por dentro y salvaría su alma, no tanto en este mundo como en el venidero. Eso era lo que iban pregonando de casa en casa las del convento de las franciscanas el día que aparecieron por el pueblo con la sana intención de reclutar el mayor número de adeptas. Mi padre, acérrimo ateo, sin embargo, no se opuso.

La tarde que se sintió convencida del todo y reunió fuerzas suficientes para decírselo, él se limitó a esbozar un gesto de resignación, o de liberación, quién sabe, como diciendo: "Allá tú, hija". Éramos ocho, y cada cual tendríamos que apañarnos como fuera para ir encontrando nuestro camino, si no para ser felices, al menos para intentarlo. Profesar no era uno de los peores. Además esa inclinación le iba que ni pintada al carácter de Angelita. A mí me gustaba más andar libre, corretear por las eras, bajar al lavadero con las comadres para no perder ripio de los cotilleos, asistir al baile de los domingos donde Teo, y coquetear con los muchachos de mi edad. No podía parar quieta. Me las prometía muy felices por entonces. Con dieciocho años una se siente capaz de soportarlo todo; todo, menos la inesperada y prematura muerte de la madre.

Se acabaron de golpe la alegría, el orden, el respeto, incluso la limpieza. Nuestra vida se impregnó de un halo de confusión y amargura, un vacío extraño e irreal que nos invadió como carcoma. Su ausencia trajo consigo una especie de oscuridad y desconcierto que se cernió sobre la casa, y vino a asentarse en cada uno de nosotros como un castigo imposible de redimir. Ninguno hemos llegado a superar del todo esa carencia materna, y mucho menos los más pequeños. Mi naturaleza no me permitió alargar por mucho tiempo ese estado de decadencia, me encorajiné y tomé las riendas lo mejor que supe y me dictó el sentido común, en un intento de suplirla a ella, aunque solo fuera para hacer más habitable aquel reducto de dolor y desamparo.

Cuando terminaba la faena, una prima segunda venía alguna tarde a tejer conmigo a la caída del sol. Me daba conversación, con su mirada dulce me decía que lo mejor era estar distraída, que no me preocupara, que saldríamos adelante. Había veces que me acariciaba la cara con tanta ternura, que yo sentía una especie de alivio inmediato que me recorría todo el cuerpo, como si en mi interior resurgiera savia nueva. Su compañía se volvió imprescindible, vital para mí. Llegué a desear que viniera todos los días. Desde el transistor, a escondidas, escuchábamos muy bajito algunas notas musicales que fueron haciendo un hueco de regocijo en el seno de mi tristeza. Algo volvía a despertarse. Unas pizcas de ilusión empezaron a asomar por encima del luto, desalojando poco a poco la pena. Nunca olvidaré el día en el que me regaló unas medias de cristal. Empezamos a ir juntas a Corte y Confección al taller de la señora Tere. Tres tardes por semana. Antes del año nos habíamos hecho con algunas pesetas para costear nuestros caprichos. La vida parecía tomar los cauces que nunca debió abandonar. Fue ella que me presentó a Federico. Bailaba como los ángeles y traía una luz nueva en los ojos que terminó por alejar el tiempo de las desgracias. En el tercer encuentro ya me negó la existencia de Dios y se declaró abiertamente anarquista. Su energía me embelesó tanto como oírle hablar de la responsabilidad de los hombres, era la voluntad de estos la que hacía funcionar el engranaje del mundo, y no la de un ser celestial al que bien poco le importábamos los de aquí abajo. Defendía el progreso y la igualdad social, metas que no se alcanzarían sino desde la lucha contra la opresión. Yo misma me afiancé en esas ideas desde mi posición de modistilla.

Una nueva herida se me abrió en el costado el día en el que mi prima anunció que emigraba a Suiza con los suyos; no más risas ni confianzas, no más noches en vela ni más caricias. Las cartas mantuvieron vivo el rescoldo del cariño durante un tiempo, pero el fuego se fue apagando, cada vez más escuetas y dilatadas en el tiempo. En mi retaguardia quedaba Federico, nuestro inminente matrimonio, el "Aquí no hay futuro" que propició nuestra marcha al norte. Fueron años de no pocos sacrificios hasta que nos asentamos. Nuestra casa era la última del pueblo. Al lado vivía Elisa, compañera de fatigas, mi mejor consejera, mi amiga del alma. Otras manos, pero el mismo alivio de antaño cuando me acariciaba la cara. Todas las puertas de esa calle daban a un bosque no muy extenso que siempre parecía estar teñido de negro. Al final del camino, la mole de la mina. Cómo no íbamos a recibir el sol de mayo como un regalo, si sus rayos traían consigo el regocijo y la alegría; se reavivaban las hortensias, se abrían los ventanales, se ventilaban los ajueres y hasta el ánimo de las gentes. Las penas parecían menos penas cuando Rogelio sacaba las sillas del bar a la terraza. Era como inaugurar un nuevo capítulo en el transcurrir lento y renegrido de nuestra existencia.

La implicación política de Federico fue adquiriendo tintes mucho más serios. El tiempo que le dejaban libre los turnos, lo ocupaba en pronunciar enardecidos discursos en las fábricas o en la plaza de los pueblos. Su determinación y testarudez lo llevaron en volandas hasta la obsesión y el fanatismo. Se sentía imprescindible para la causa, tal vez lo fuera, y alegaba que no podía permitirse faltar a las reuniones, cada vez más frecuentes. Me vi obligada a rellenar las ausencias y su falta de afecto como buenamente pude. Año tras año, acabé por acostumbrarme a verlo poco y a no esperarlo nunca. Unos meses después del golpe de estado, la humedad y la sílice, se lo llevaron con todo su ímpetu del reino de los vivos. Yo le quería, pero no supo hacerme feliz. Ante su falta, no me vi mucho más sola que con su presencia. Con mi edad, una ya tiene los hábitos hechos y las necesidades cubiertas. La rutina se convirtió en un refugio de paz donde aprendí a valorar la serenidad y la buena compañía. Las semanas iban pasando sin necesidad de pensar en el futuro, esperando la señal de las sillas en la terraza y el renacer de cada mayo. Elisa no me lo contó hasta que cumplió los setenta. Una tarde de invierno en la intimidad de la mesa camilla. Hemos sido vecinas desde que nos casamos y nos trajeron a esta tierra de río y minas. Parimos hijos, carne que emigró para las fábricas. Frío no pasamos porque leña sobra. Comida tampoco nos faltó nunca, pero hubo otras miserias, íntimas y calladas. Me lo confesó mirándome a los ojos, segura de sí misma, viuda ella también: "Yo no habría aguantado esta vida si no hubiera sido por ti". Y para mí fue como si se abriera de par en par toda la esperanza. Luego me acarició la cara, y añadimos al fuego la leña que nos quedaba.

*Nunca es tarde, Emilio Iguaz. ►*



